

## ENTRE BERRINCHES Y PATALETAS Jonás 4:1-11

Marco era un joven y agraciado príncipe apodado el Berrinches, seudónimo ganado a pulso por su irregular conducta, a veces se portaba muy bien pero otras no dejaba de lamentar su mala suerte, a pesar de ser nada más y nada menos, el hijo del mismísimo rey. Con frecuencia y sin ningún pudor, ni motivo aparente, manifestaba su malestar ante toda la corte con espectaculares rabietas, que hacía las delicias de los cortesanos (aunque éstos, se veían obligados a disimular sus carcajadas delante de los monarcas, por exigencias del protocolo y por temor a posibles represalias), su cara real se llenaba de copiosas lágrimas y su cuerpo se contorsionaba cual acróbata circense, por todas las baldosas de palacio.

Un día que el infante se encontraba en plena crisis, apareció de improviso y en medio de una lujosa estancia de palacio, el sabio particular de los soberanos atendiendo a la desesperada llamada de la reina. El sabio, tras varios intentos, consiguió que Marco sin dejar de suspirar, lloriquear y moquear, le prestara un poco de atención.

-¿Por qué lloras alteza? –preguntó aquel hombre sabio.

-Porque soy muy desgraciado –contestó el principito entre apagados gemidos- todos los días me tengo que levantar temprano y me obligan hacer los deberes para con mi futuro puesto de rey.

-¿Tan duras son de esas obligaciones? -Repuso el sabio.

-Bastante, tengo que aprender matemáticas, lenguas, geografía, astronomía, historia, y un sinfín de variadas disciplinas más como montar a caballo, conocer el uso y costumbres de otras naciones, etc. No me dejan comer lo que yo quiero, ni lo que más me gusta, argumentando que mi figura se volvería grotesca y mi salud precaria. Tan amplias son mis obligaciones que apenas tengo tiempo para jugar, y para colmo de males no puedo salir solo a la calle como todos los demás niños del reino, si lo hago tiene que ser en carroza y acompañado de mi escolta.

-¿Te gustaría cambiarte por otro niño? –Dijo el sabio con astucia, conociendo de antemano la respuesta-. Yo te puedo ir proponiendo oficios a los que dedicarte y tú eliges aquel que más te agrada, con mis poderes, tu elección será satisfecha en un dos por tres.

-¡Claro, me encantaría! –Respondió entusiasmado y esperanzado el ingenuo principito.

-¡Bien! Para empezar probemos con un paje, convertido en sirviente no tendrías que estudiar.

-¡No gracias!, a cambio estaría obligado a acatar las órdenes y caprichos de mis superiores sin posibilidad de réplica.

-¿Preferirías ser el hijo de un cocinero? Comerías cuanto quisieras, ¿quién te lo iba a impedir?

-Pero tendría que realizar todas las engorrosas tareas del oficio, tales como limpiar platos, matar y desollar animales, pelar papas, etc.

-¿Qué tal pasar a ser el hijo de un herrero?

-No soportaría estar todo el día pegado al fuego realizando tan pesado trabajo, corriendo el riesgo de quemarme vivo y en verano el sufrimiento sería del todo insoportable.

-Y ¿convertirte en pastor?, pasarías la vida al aire libre podrías corretear y trotar por los campos, jugar con piedras y el cayado, no tendrías que moverte en carroza, ni escoltado.

-Pero a cambio tendría que levantarme muy temprano tanto en invierno como en verano, llevar el ganado a pacer, deambulando sin descanso toda la jornada en busca de nuevos pastos, y por la noche de nuevo surtir los pesebres de mies, después de haber ordeñado todas las vacas y las cabras. Me acostaría tarde, agotado y sin ganas de juegos.

Tras unas horas de seguir probando oficios, el hombre sabio dijo: -Si, a su alteza no le convence ninguno de los oficios propuestos, mañana podemos continuar probando con otros diferentes.

-¡No gracias!, -repuso el principito- mejor me quedo como estoy, creo que soy afortunado en cuanto a privilegios y el menos indicado para quejarme de mi suerte, además como el resto de los mortales debo cumplir con las obligaciones que me corresponden. En adelante tratare de no volver a quejarme.

El muchacho intentó portarse conforme a las normas establecidas aunque no siempre con éxito, continuó con sus rabieta, cada vez más esporádicas eso sí, hasta casi alcanzar la madurez, exactamente un par de años antes de anunciar su compromiso con una bella princesa procedente de una ilustre corte cercana, pero esta inmadura conducta infantil, manchó para siempre su historial con el apodo de Berrinches.

Por su parte el hombre sabio se fue satisfecho por el deber cumplido y, con el agradecimiento de los monarcas.

Un berrinche o pataleta es una rabieta infantil, un tipo de reacción furiosa característica de niños de entre 16 meses y tres años. Básicamente, consiste en un fuerte ataque de ira que incluye protestas, lloros e, incluso, el tirarse al suelo. La rabieta ocasional en los niños se considera parte de su proceso normal de maduración y se origina en una frustración por no poder imponer su voluntad ofendiendo su sentido de omnipotencia. La desproporción y una excesiva frecuencia de las rabieta acompañadas de violencia hacia sí o hacia otros se considera una anomalía psicológica que debe ser consultada a un experto. Mientras que el berrinche es la manifestación de la frustración o el enojo por no haber conseguido lo que se quería, la pataleta, por su parte, tiene el propósito de llamar la atención. Y, aunque ambas se refieren principalmente a niños, no

podemos negar que muchos adultos también manifiestan estas conductas. ¿Será usted uno de ellos? Jonás lo fue.

Como apunté la semana pasada, la historia de Jonás es una de las historias más conocidas en la Biblia por grandes y chicos. Muchas cosas se han escrito de él; cientos de libros, caricaturas, historietas, películas, etc., se han escrito acerca de lo que vivió este siervo de Dios, aunque, como comenté la semana pasada, muchas veces se hace más énfasis en el drama que en el propósito del drama.

Jonás fue el profeta a quien Dios mandó a predicar a Nínive, que era un pueblo idólatra; Jonás se niega y Dios lo disciplina al arrojarlo al mar y caer en la boca de un gran pez en donde estuvo tres días y tres noches. Jonás clama al Señor desde el vientre del pez y el Señor le escucha. El pez arroja a Jonás y el profeta va a Nínive a dar el mensaje de Dios. Más de 120,000 personas se convierten y, en lugar de saltar de alegría, Jonás se enoja con el Señor.

El Señor le había enseñado una gran lección acerca de la desobediencia, ahora le va a enseñar otra acerca de cuestionar las decisiones de Dios, ponerse a discutir con Él y reaccionar con enojo a las indicaciones de Dios.

*“Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó” (v.1).*

La palabra *apesadumbrar* también se puede traducir como “*poner mala cara*” y la palabra *enojo* significa estar *indignado* y se puede traducir como “*llenarse de ira*”. Esto es un verdadero berrinche.

Ahora, ¿por qué se enojó Jonás? Porque de entre todos los enemigos de Israel, los asirios (Nínive era la capital de Asiria), eran los más crueles y despiadados. Los asirios conquistaron el Reino del Norte de Israel y, para lograrlo, destruyeron todo a su paso para llegar a Samaria, capital de Israel, y se llevaron a los mejores judíos prisioneros. ¿Y ahora Dios tiene misericordia de ellos? Esto era algo que Jonás no podía entender; por eso estaba indignado. Jonás conocía del poder de Dios y de su misericordia pero con su pueblo; no con sus enemigos. Esto es algo que va a aprender el profeta. Dios tiene misericordia del más malo y perverso si éste se arrepiente y se vuelve a Dios. Pero infortunadamente, muchos creyentes piensan que son mejores que los no creyentes y que

muchos de esos no creyentes no merecen nada de Dios; que no tienen perdón de Dios.

*“Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que Tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida” (vv.2-3).*

Muchas veces nuestra actitud demuestra, sin decirlo, que sabemos más que Dios y nos atrevemos a juzgar sus decisiones. Jonás sigue haciendo berrinches y dando pataletas por la decisión de Jehová su Dios. Si por Jonás hubiera sido, éste lo hubiera aplastado sin misericordia y sin dejar uno vivo por malos y pecadores. Jonás estaba enojado porque Jehová hizo su voluntad y no la del profeta. Así que su frustración era tan grande que lo lleva a desear su propia muerte.

Pero antes de que empecemos a juzgar a Jonás sin misericordia, tenemos que aprender de él que, aún las personas más entregadas a Dios, pueden tener épocas de confusión y de desánimo en sus ministerios y en sus vidas, al grado de no querer saber nada de nadie, de esconderse en sí mismos y hasta de querer acabar con sus vidas; todo porque no entendemos la voluntad de Dios y no la queremos aceptar. Aprendemos que aún las personas más entregadas a Dios nunca terminan por conocer a Dios por completo, cada día descubren algo nuevo de Él, por supuesto, si se mantienen apegadas a Él.

Al gran profeta Elías le pasó y también en alguna ocasión le pidió al Señor que le quitara la vida (1R. 19:4). Lo curioso es que en ambos casos el desaliento vino después de una gran victoria; Elías contra los profetas de Baal y ahora Jonás en su mensaje de salvación a Nínive.

*“Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto?” (v.4).*

Me encanta la respuesta del Señor a Jonás. En lugar de darle una buena reprimenda o castigo por su actitud negativa y egoísta, por estarle cuestionando sus decisiones, el Señor solamente le pregunta si acaso tenía en verdad una razón válida para enojarse. Porque el problema aquí no era el grado de enojo de Jonás, sino si el enojo era legítimo. Esto tendría que poner a pensar a Jonás.

*“Y salió Jonás de la ciudad, y acampó hacia el oriente de la ciudad, y se hizo allí una enramada, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué acontecería en*

*la ciudad. Y preparó Jehová Dios una calabacera, la cual creció sobre Jonás para que hiciese sombra sobre su cabeza, y le librase de su malestar; y Jonás se alegró grandemente por la calabacera. Pero al venir el alba del día siguiente, Dios preparó un gusano, el cual hirió la calabacera, y se secó. Y aconteció que al salir el sol, preparó Dios un recio viento solano, y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y se desmayaba, y deseaba la muerte, diciendo: Mejor sería para mí la muerte que la vida” (vv.5-8).*

Después de que el Señor cuestionara la actitud inválida de Jonás, el profeta salió de la ciudad. Para protegerse del intenso sol del desierto, Jonás levantó una pequeña enramada. Su corazón todavía estaba endurecido y parece no querer entender razones. Las personas que han pasado por un momento así saben de qué estoy hablando y se pueden identificar muy bien con Jonás. No escuchan razones, no sienten ni les interesa el cariño ni la preocupación de otros, no quieren saber de nada ni de nadie; solo se encierran en sí mismos, en su frustración, en su tristeza y en su desesperación.

El profeta se alejó para ver qué sucedería con aquella ciudad. En su frustración y enojo, probablemente guardaba todavía la *esperanza* de que aquellos habitantes no se arrepintieran y Jehová los destruyera sin misericordia. Las personas que se encuentran en este estado en el que se encontraba Jonás pierden toda perspectiva de lo que significa el bienestar de los demás. No les importa si sufren o no, si tienen necesidades o no. Están haciendo su berrinche y pataleta espiritual.

Dios puso a Jonás todavía más cómodo al levantarle una calabacera cuyo crecimiento es extremadamente rápido, pero no tanto como ocurrió aquí porque fue Jehová quien la levantó. Su crecimiento debió haber sido prácticamente instantáneo. La calabacera tiene hojas muy anchas que taparían muy bien los huecos de la enramada que levantó Jonás. Por eso se puso muy contento. Pero su felicidad duró muy poco, porque al amanecer del día siguiente Jehová preparó un gusano que consumió la calabacera. Acto seguido, el Señor trajo un fuerte viento seco del desierto que llena el aire de polvo y calor.

El profeta no entiende lo que Dios está haciendo y nuevamente pide morir. Jonás sigue haciendo berrinches y dando pataletas como un niño. ¿Qué le quería enseñar Dios con esto? Dios le está mostrando su

Soberanía, no solo sobre la naturaleza, sino su Soberanía en cuanto a quién Él decide perdonar.

*“Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? Y él respondió: Mucho me enoja, hasta la muerte. Y dijo Jehová: Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció. ¿Y no tendré Yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?”*  
(vv.9-11).

Jonás está enojado porque Dios le quitó lo que a él ningún esfuerzo le costó hacer; está enojado porque le quitó su comodidad y está enojado porque Jehová destruyó aquella pobre calabacera indefensa.

Dios le responde sabiamente: “¿Tú sí puedes tener lástima de una simple planta que a ti ni siquiera te costó sembrar, pero Yo no puede tener piedad de 120,000 gentes que están perdidas en su ignorancia?” En otras palabras, ¿vale acaso más la planta que la vida de una persona?

### **Conclusión.**

Jonás tenía sus valores invertidos como el principito de nuestra historia y daba mayor importancia a lo que no vale nada y nada a lo que vale mucho. Jonás quería exactamente lo contrario a lo que Jehová quería, pero Jehová le iba a enseñar que Él es el Dios Soberano; por lo tanto, nadie cuestiona sus decisiones y nadie le cancela nada así hagan berrinches y den pataletas.

Los berrinches y pataletas de Jonás y los berrinches y pataletas que nosotros damos, siempre son ocasionados por la misma razón: el egoísmo. Queremos que las cosas se hagan siempre a nuestra manera y conforme a nuestro deseo y cuando no es así nos enojamos y hasta podemos caer en un estado depresivo profundo; una depresión que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos, que nos lleva a no importarnos cómo están los demás, que nos lleva a no tener ningún interés en qué espera Dios de uno; que nos genera un estado de ánimo que nos lleva a enojarnos con todo el mundo y alejarnos de todo el mundo.

Jonás vivió un tiempo de depresión, un tiempo de vivir entre berrinches y pataletas por no buscar el consejo de Dios, por hacer egoístamente las cosas a su manera, por no querer hacer la voluntad de

Dios. Cuando nos alejamos del Señor y de su Palabra, cuando dejamos de buscarlo en oración y cuando en nuestra frustración dejamos de servirle, vamos inevitablemente a caer en una vida de enojos, de berrinches y pataletas contra Dios y contra todos. Esto es algo que utilizará bastante bien el enemigo de nuestras almas para tratar de generar un abismo de separación entre Dios y uno, de tal manera que uno siga cayendo cada vez más profundo.

Esto es algo que entendió muy bien Jonás y algo que debemos entender nosotros. La próxima vez que se sienta en un estado depresivo, con frustración, ansiedad y enojo, la próxima vez que le de por hacer berrinches y pataletas porque no entienda lo que le está sucediendo a su alrededor, o porque no entienda lo que Dios está haciendo con usted, voltee su mirada al Señor, el Único que lo puede rescatar de las tempestades de la vida y del viento seco y ardiente que calienta nuestra cabeza con malos pensamientos. Él es el Único que puede traer paz y descanso a su vida; el Único que puede refrescar su alma y llenarle de fuerza y de aliento para seguir. Recuerde siempre que, aunque no lo entendamos, la voluntad de Dios es siempre buena, agradable y perfecta (Ro. 12:2). Amén... Vamos a orar...